



males que recaerán sobre ella para castigarla, sin que puedan salvarla sus encantadores ni sus secretos de magia (1).

Entre tanto Ezequías, bajo quien profetizaba Isaías todas estas cosas, se durmió con sus padres, y, por honor, se le sepultó en un lugar más elevado que los sepulcros de los demás hijos de David, que subsisten todavía hoy (2). Todo Judá y todo Israel celebraron sus funerales. Entre las bellas empresas de su reinado, la Escritura cuenta un acueducto subterráneo para proveer de agua á Jerusalem (3).

El piadoso Ezequías, que restableció el culto del Señor en Judá; Ciro, que debía un día volver á su patria el pueblo cautivo y reconstituir el templo, eran uno y otro figuras proféticas de Cristo, que debía un día restablecer el culto de Jehová.

Apenas el profeta había anunciado á Ezequías que sus descendientes serian un día cautivos en Babilonia, le dice con palabras de consuelo que el brazo de Adonai-Jehová establecerá su dominacion y apacentará su rebaño como un pastor (4).

En otra parte dice: «Yo, Jehová, cuando haya llegado el tiempo, haré de un golpe todas estas maravillas. El espíritu de Adonai-Jehová está sobre mí, porque Jehová me ha dado la unción, me ha enviado para predicar el Evangelio, la buena nueva á los mansos y á los humildes, para curar á los que tienen el corazón destrozado, para anunciar á los cautivos la libertad y á los que están encadenados la apertura de la prisión, para publicar el año de la misericordia de Jehová y el día de la venganza de nuestro Dios, para consolar á todos los que lloran (5).»

(1) Isaías, cap. XLVII, 1-15.

(2) Estos sepulcros forman un vasto edificio abierto en la roca, componiéndose de un corredor, de una galería, de una sala y de muchas cámaras, al rededor de las cuales los cadáveres reales, conservados casi como al uso egipcio, son colocados en nichos (*Arte de comprobar las fechas*, M. Fridaux). M. de Sauley ha hecho á este propósito interesantes descubrimientos, completados por su reciente viaje.

(3) 2, Paral., 32, 27-33.

(4) Isaías, 40, 1-11.

(5) Isaías, 42, 1-6.

¿Quién no reconocerá aquí á Cristo que, después de haber leído estas últimas palabras en la sinagoga de Nazaret, dice á los asistentes: «Esta Escritura se ha cumplido hoy aun en vuestros oídos (1). ¿Quién no reconocerá, en particular, la verdad de lo que Juan dijo de sí mismo: «Yo soy la voz del que clama en el desierto. Preparad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías? (2).»

Todos los siglos han visto en Isaías más bien un evangelista que un profeta, un historiador de la pasión y muerte de Cristo; tan claras han parecido sus palabras en todo tiempo. Los antiguos doctores de la sinagoga no las interpretarán de otra manera (3). Poner en duda este sentido sería, pues, acusar de error á todos los siglos cristianos, y con ellos á Cristo, que se aplicaba esta profecía (4) de Isaías, y á sus apóstoles y discípulos que la entendieron siempre del mismo modo (5); sería acusar de error la autoridad más elevada y más santa que Dios ha dado á los hombres para conocer la verdad. Desgraciado, pues, el ciego voluntario que, cerrando los ojos al gran día de la tradición universal, no quiere ver lo que todo el mundo ve, y llama luces á sus tinieblas anticristianas!

Con mucho sentimiento nuestro dejamos de ocuparnos con la debida extensión del más elocuente, del más sublime de los profetas, y por lo mismo de todos los hombres. La tradición de los hebreos, adoptada por los Padres de la Iglesia, nos dice que Isaías, después de haber profetizado bajo los reyes Ozías, Joatan, Acaz y Ezequías, fué dado muerte por Manasés, quien, no pudiendo soportar sus recriminaciones, le hizo dividir en dos con una sierra, habiéndose quizá casado con su hija (6). Isaías

(1) Luc., 4, 16-21.

(2) Joan., 1, 23.

(3) M. Drach en su tercera carta.

(4) Isaías, 53; Luc., 22, 37.

(5) Joan., 12, 38. Rom., 10, 16. Math., 8, 17. Act., 8, 32, 1. Pet., 2, 1. Mac., 15, 23. Luc., 22, 37. Joan., 3.

(6) Esta tradición es referida por S. Justino, Dial. c. *Tryph.*, cap. XX; San Ambrosio, in cap. XX; Lucá y San Jerónimo, *Quest. Heb.*, cap. XXXIII. Existe todavía en la Palestina, y se enseña cerca de



reunió así dos glorias: la de profeta y la de mártir.

Manasés tenía doce años á la muerte de Ezequías; le sucedió en el trono, pero no en la piedad y la justicia. Renovó todas las impiedades de las naciones culpables que el Señor había exterminado delante de los hijos de Israel; reconstruyó los altos lugares que su padre Ezequías había demolido, erigió altares á Baal, plantó una floresta en honor de Astarté, como había hecho Acab, rey de Israel; adoró «toda la milicia del cielo,» retiró el arca del templo y en él colocó un idolo, Astarté ó Vénus, y en las dos partes del templo elevó altares á todo el ejército de los cielos, á todos los astros. Hizo pasar á sus hijos por el fuego, amó las adivinaciones, observó los augures, y cometió delante del Señor crímenes sin número.

Judá y Jerusalem se dejaron arrastrar por este ejemplo, y cometieron muchos más crímenes que los antiguos pueblos de Canaan. Habiéndoles advertido inútilmente el Señor por sus profetas, les dijo, en fin, que correrian la misma suerte que Samaria, y les entregaria en manos de sus enemigos.

Manasés, en lugar de convertirse, añadió á la idolatría la crueldad, derramando mucha sangre inocente de sus súbditos.

Entonces Dios envió á Asar-Haddon (673). Asur-akh-iddin derrota á Manasés, le toma de entre el zarzal donde se había ocultado, y le llevó cargado de cadenas á Babilonia, entonces bajo la dominacion del rey de Nínive, y con él forma nuevas colonias de israelitas y de indios. «He trasladado á Asiria un número incomparable de hombres y de mujeres,» dice el vencedor en una inscripción de su palacio (1).

«Contaba entre los servidores de mi reinado.... á Manasés, rey de Judá (2).» Manasés

la piscina de Siloe, el cerro en donde el gran profeta fué martirizado. Mislin, los *Santos lugares*, cap. II, pag. 409.

(1) M. Oppert, *op. cit.*, segun el prisma de Hasar-Haddon, publicado por M. Layard.

(2) J. Oppert, *op. cit.* No hay nada tan curioso como esta concordancia.

se arrepintió en su cautiverio (1). El Señor oyó sus súplicas y le restituyó á Jerusalem en su reino. Cuando adquirió la libertad, purificó el templo, y expulsó de él á su idolo (2). Manasés murió después de haber ordenado á Judá servir á Jehová, Dios de Israel, y después de un reinado de cincuenta y cinco años. Fué sepultado en el jardín de su casa, y no en el sepulcro de los reyes, á causa del escándalo que había causado.

Manasés estaba quizá todavía en el cautiverio; pero el pueblo había vuelto de él, el templo acababa de ser purificado, el culto del Señor se restablecía, cuando Judá y Jerusalem se vieron embarazados de una completa ruina y librados de repente por el brazo de una mujer. Aquí da principio, para durar hasta el advenimiento de Cristo, la lucha de los pueblos conquistadores. El imperio de Nínive, elevado al apogeo de su poder, tocaba á su fin. El de los medos y persas, que debía ayudar á Babilonia á destruir á Nínive y después subyugar á Babilonia misma, acababa de formarse. Los madaí ó medos, así llamados de Madai, tercer hijo de Jafet, habían caído, segun Herodoto, en una especie de anarquía, cuando voluntariamente ofrecieron el soberano poder á uno de los principales de entre ellos, Dejoces, que se había captado la confianza y la estimación universal por su sabiduría y su virtud. Su reinado fué largo y pacífico. Para dar á la nación un centro comun, construyó la famosa ciudad de Ecbatana con siete recintos de murallas. Su hijo Fraortes, segun Herodoto; Afraartes, segun Eusebio; Arfaxad, segun la Escritura, acabó las fortificaciones de la nueva capital. La rodeó de murallas de cincuenta codos de espesor, setenta de altura, con puertas y torres de cien codos de altura, todo con piedras pulimentadas de tres codos de anchura y seis de largo. No contento con el reino de los medos que le había dejado su padre, atacó y venció á los

(1) La «súplica de Manasés,» que contiene la expresión de su arrepentimiento, no forma parte de los libros canónicos; pero es un fragmento tradicional de los más respetables. Darras, *op. cit.*, t. III, página 96.

(2) 4, Reg., cap. XXI; 2, Paral., cap. XXIII.





persas, despues con su auxilio una gran parte del Asia. En fin, considerándose invencible por la fuerza de su ejército y el extraordinario número de sus carros, marchó contra los asirios de Nínive, pero allí encontró su ruina.

En Nínive, el hijo de Senaquerib, llamado Asarhaddon por los judíos, Asaraddin por Ptolomeo, Asenafar por los samaritanos (1), habia muerto y tuvo por sucesor á un príncipe llamado Samas-dar-uquim; Saosduquim, por Ptolomeo, y Nabu-kuudur-Assur, Nabucodonosor en la Escritura.

Esta diversidad de nombres en la misma persona no debe extrañar entre los antiguos. Con frecuencia uno mismo tenia dos ó más nombres: así Homero llama al esposo de Helena unas veces Paris, otras Alejandro. También sucedia que un príncipe cambiaba de nombre al recibir la corona: así, antes de ser rey, Ciro se llamaba Agradat. Frecuentemente este sobrenombre no era más que honorífico, que venia á ser nombre propio en otra lengua: así de cor, en persa *sol*, los hebreos hicieron Cores y los griegos Ciro. Otras veces el mismo nombre era comun á todos los reyes de un país, como el de Faraon, y más tarde el de Ptolomeo en Egipto; no habia más que sobrenombre para distinguirlos. Lo que hacia más diverso todavía los nombres de los reyes, sobre todo en las grandes monarquías compuestas de muchos pueblos, es porque los nombres de los antiguos significaban casi todos alguna cosa, cada pueblo les traducia en su lengua, cambiando el sonido, pero conservando el sentido. Así, ¿á qué variantes no debieron dar lugar, en las ciento veintisiete provincias de la monarquía persa, los nombres de Darío, *vencedor*, de Jerjes, *guerrero*, de Artajerjes, *gran guerrero*? Si el griego nos fuera tan desconocido como el antiguo persa, ¿sabríamos por qué los griegos llaman Sebaste al que con los latinos llamamos Augusto?

Nabucodonosor se puso en campaña el duodécimo año de su reinado. Habia enviado embajadores á todos los pueblos sometidos ó aliados de su imperio, pero ninguno se tomó el tra-

(1) Esdr., 14, 10.

bajo de ejecutar sus órdenes, ni acudió á su llamamiento para esta guerra; todos, por el contrario, considerándole como un igual suyo, volvieron á enviar sus embajadores sin concederles nada, y aun sin hacerles ningun honor. Nabucodonosor juró vengarse de ellos. Sin embargo, los que habitaban sobre el Eufrates, el Tigris, el Hidaspe, se unieron á él. Aunque abandonado de muchos, era, sin embargo, poderoso; habiendo librado batalla contra Arfaxad, logró sobre él la victoria, destrozó su ejército, su caballería y sus carros; se hizo dueño de sus ciudades, llegó hasta Ecbatana, se apoderó de sus torres, asoló sus plazas, cambiando toda aquella belleza en oprobio. Se apoderó también del mismo Arfaxad, le hirió con sus flecha acabando por darle muerte. Despues volvió á Nínive con todos los que le habian acompañado en esta expedicion, y allí se entregaron al reposo y á los festines él y su ejército por espacio de ciento veinte dias (1).

Despues de este tiempo convocó en su palacio á todos los oficiales de su ejército así como á los grandes de su imperio; les expuso el mal proceder de los pueblos; les dijo que su intencion era ejecutar una gran venganza con ellos.

Habiéndole aplaudido todos esta resolucion, llamó á Holofernes, general de sus tropas, y le dijo: «Hé aquí lo que dice el gran rey, el señor de toda la tierra: Tú saldrás delante de mí y llevarás contigo hombres determinados, en número de ciento veinte mil hombres de á pié y doce mil saeteros de á caballo. Marcharás contra las regiones de Occidente, y principalmente contra las que despreciaron mi mandato.....» (2).

Tal fué, segun el texto griego, el lenguaje de Nabucodonosor. Su orgullo iba más allá todavía. Quería que toda la tierra no tuviera más Dios que él.

Holofernes ejecutó las órdenes de su señor y partió con su ejército, provisiones é inmensos tesoros. Asoló el país de Ismael, la tierra de Madian, la Mesopotamia y la Cilicia; bajó á los

(1) Judith, cap. XV.

(2) Ibid., 2.



llanos de Damasco en tiempo de la recoleccion; incendió todos los campos, hizo cortar todos los árboles y todas las viñas. Pronto el terror de sus armas se extendió por todas partes: Tiro, Sidon y el resto de la Fenicia temblaban (1). Desde entonces los reyes, los príncipes de las ciudades y de las provincias de la Mesopotamia, de Cilicia, de Siria y otros países enviaron á decirle por medio de sus embajadores: «Aquí estamos los siervos de Nabucodonosor, el gran rey; aquí nos tienes á tu presencia, tratadnos como mejor os plazca. Nuestras ciudades, nuestras tierras, nuestras montañas, nuestras colinas, nuestros campos, nuestros rebaños, nuestras riquezas, nuestras familias, todo está en tu poder y á tu disposicion. Todo lo que tenemos, de tí depende; nosotros seremos tus esclavos y también nuestros hijos. Dignaos ser para nosotros un señor pacífico y sacad de nosotros todos los servicios que queráis.» Descendió, pues, con su ejército hácia las regiones marítimas; puso guarniciones en las ciudades fuertes, y eligió las mejores gentes para unir las á su ejército. Tal era el espanto de que estaban poseidas todas estas provincias, que los príncipes y las personas de gran categoría, así como todos los pueblos, salian á su encuentro y le recibian con coronas y banderas, bailando al son de los tambores y de las flautas. Pero nada pudo mitigar la ferocidad de su corazón. Destruyó sus ciudades, echó abajo los bosques sagrados, pues tenia orden de exterminar todos los dioses de la tierra para que todas las naciones le adorasen á él sólo, para que todas las gentes y todas las tribus invocasen su nombre como su dios. Fué asolando así todos los países hasta llegar á la Judea, donde se detuvo un mes completo para reunir todas las tropas de su ejército (2).

Los hijos de Israel tuvieron conocimiento de la marcha del vencedor, de lo que habia hecho con las demás naciones, cómo habia él arruinado sus templos y sus ciudades; temian otro tanto por Jerusalem y su templo. Una circunstancia aumentaba su temor, siguiendo la

(1) Judith, 2.

(2) Ibid., 3.

version griega: poco hacia que habian vuelto de la esclavitud; el pueblo de Judá apenas se habia reunido; los vasos sagrados, el altar y el templo acaban de ser purificados de su profanacion. Este cautiverio, este templo que estaba en pié, pero profanado, en tanto que Nínive aún subsistia, prueban bastante claramente el tiempo de Manassés. Más tarde habrá otro cautiverio; pero ya Nínive no existirá ni tampoco Jerusalem ni su templo.

Un hombre se encontró para sostener á Israel, y este era el gran sacerdote Eliacin ó Joacin, dos nombres que vienen á ser uno sólo. *El* y *Jo* eran dos nombres de Dios. Eliacin, que habia gobernado á Judá y á Jerusalem durante la cautividad del rey y de una parte del pueblo, continuó en sus cuidados paternales. El rey, viendo en él al padre y al salvador de la nacion, le rogó que continuara en su obra. El gran sacerdote escribió, pues, de su parte para que se ocupasen las montañas por donde podia irse á Jerusalem, y que pusieran guardias en los desfiladeros, sobre todo por la parte de Betulia, donde el desfiladero era tan estrecho que no podian pasar fácilmente dos hombres. No contento con enviar cartas, recorrió él mismo todo el país, haciendo reparar las murallas de las ciudades, y reunió granos en los almacenes, y en particular exhortando al pueblo á que implorara el socorro del cielo por medio del ayuno y de la oracion. La voz del pontífice fué cumplida en todo Jerusalem y en toda la Judea. Hombres, mujeres y niños vestidos con el saco de penitencia, la cabeza cubierta de ceniza y prosternados delante del templo, ayunaron varios dias, no dejando de pedir al Señor que se compadeciera de ellos y de su santuario. Los mismos sacerdotes que ofrecian holocaustos, estaban vestidos con cilicios y cubierta su cabeza con ceniza. El Señor oyó los llantos de su pueblo (1).

Habiendo sabido Holofernes que los hijos de Israel se preparaban para oponerle una tenaz resistencia, y que habian ocupado todos los desfiladeros y entradas de las montañas, se llenó de furiosa cólera. Mandó á llamar á los prínci-

(1) Judith, 4.





pes de Moab y á los jefes de Ammon y sátrapas de las provincias marítimas y les preguntó sobre la fuerza y número de las ciudades de este pueblo que así quería oponerse á su marcha y conquista, y sobre quién era el jefe que les mandaba, y el motivo por qué sólo él no quería salir á su encuentro á recibirle con espíritu de paz. Aguior, jefe de los ammonitas, le respondió: «Señor, si os dignais escucharme, yo os diré todo lo que hay de verdad sobre este pueblo que habita en las montañas, sin que mi boca se atreva á pronunciar palabra alguna que envuelva falsedad. Este pueblo es originario de la Caldea. No queriendo seguir á los dioses de sus padres que adoraban á muchos, no adoraron más que uno sólo, al Dios del cielo, que les mandó salieran de este país.

Primeramente emigraron á la Mesopotamia, despues á la tierra de Canaan, donde se hicieron ricos en oro, plata y ganados. Más tarde y mientras duraba la gran escasez, bajaron á Egipto, donde se multiplicaron hasta el punto de hacerse innumerables. Tratádoles con dureza el rey de Egipto y castigádoles con el trabajo como si fuesen esclavos, edificando ciudades, clamaron á su Dios, quien castigó á toda la tierra de Egipto con plagas para las cuales no habia remedio ninguno. Para librarse de ellos, tuvieron que darles libertad completa. Mas habiendo querido apoderarse nuevamente de ellos, el Dios del cielo les abrió paso por medio del Mar Rojo, haciéndoles pasar á pié seco. El ejército de los egipcios que les iba persiguiendo, fué sepultado en las aguas, sin que pudiera escapar siquiera uno que llevara la noticia. Acamparon despues en los desiertos de Siria, donde nadie hasta entonces habia podido habitar. Allí las fuentes amargas se hacian dulces para ellos, y por espacio de cuarenta años recibian del cielo su alimento. Por doquiera que ellos fueran, sin arco y sin flechas, sin escudo y sin espada, su Dios combatía por ellos y salía siempre vencedor. Jamás se encontró quien pudiera someterles á no ser cuando se apartaban del Señor su Dios; pues siempre que adoraban á otro dios que el suyo, eran entregados al pillaje y al oprobio; pero asimismo cuando se convertían á su Dios arrepi-

tiéndose de haber adorado á otro dios que al suyo, el Dios del cielo les daba fuerza para defenderse. Así es como vencieron á los reyes y á los pueblos, cuyas ciudades y tierras poseen ellos ahora. Mientras que se conservaban sin pecado contra su Dios fueron felices, porque su Dios odia la iniquidad. Habiéndose retirado hace algunos años del camino que Dios les habia trazado, fueron destrozados por diversas naciones, y muchos de ellos fueron llevados cautivos á tierras extrañas. Pero volviendo de allí á poco á su Dios y Señor, se reunieron nuevamente y poblaron otra vez estas montañas, posesionándose de Jerusalem, donde tienen su santuario. Ahora, pues, decidme, señor, si hay en este pueblo alguna iniquidad contra su Dios; y si así fuere vayamos á atacarlos, porque ciertamente que su Dios os les entregará en vuestras manos y quedarán sujetos á vuestro poder. Mas si este pueblo no ha ofendido á su Dios, no podremos resistirles, porque su Dios tomará su defensa y nosotros seremos la irrisión de toda la tierra.

Habiéndose expresado de esta suerte Aquion, todos los grandes de Holofernes pensaron que seria bueno matarle, y se decian unos á otros: «¿Quién es este que así se atreva á asegurar que los hijos de Israel podrán resistir al rey Nabucodonosor y á todas sus tropas estando ellos sin armas y sin fuerzas é ignorando hasta el modo de combatir? Para hacer ver á Aquion que nos engaña, vayamos á esas montañas, y cuando estemos en posesion de sus fuertes y ciudades, le pasaremos con ellos por el filo de nuestras espadas, á fin de que todas las naciones sepan que Nabucodonosor es el dios de la tierra y que fuera de él no puede haber otro (1).»

Despues de haberse calmado aquel tumulto: «¿Quién eres tú, Aquion, mercenario de Efraim?» Le dijo Holofernes enfurecido: «¿Quién eres tú para que así te las echés de profeta entre nosotros, asegurándonos que no conviene combatir á la raza de Israel porque su Dios les protege? ¿Quién es pues ese Dios que existe, si no es Nabucodonosor? Para convencerte, cuando les ha-

(1) Judith, 5.



yamos derrotado á todos cual si se tratara de un solo hombre, y ensangrentado sus montañas, tú caerás tambien bajo el hierro de los asirios y todo Israel perecerá contigo. Y para que te puedas convencer mejor de que has de experimentar la misma suerte, quedarás desde este momento unido á ese pueblo, para que cuando mi espada llegue á castigarles por su merecido, tú seas con ellos tambien castigado.

Al punto se apoderaron de Aquion las gentes de Holofernes, y le llevaron cerca de Betulia, le ataron de piés y manos á un árbol, y se volvieron á su señor. Bajando los israelitas de Betulia, y encontrando á Aquion de esta suerte amarrado, le desataron y le llevaron á la ciudad en medio del pueblo, que tenia entonces por jefe á Ozias, de la tribu de Simeon, y á Carnú, por sobrenombre Otoniel.

Preguntado por qué los asirios le habian tratado de esta suerte, contestó cómo lo habia hecho á Holofernes á las preguntas que le hiciera, cómo estuvo á punto de perecer en tre sus manos, y cómo Holofernes habia jurado hacerle padecer los más crueles tormentos con los hijos de Israel, porque se habia atrevido á decir que el Dios del cielo era su protector.

Oída esta relacion de Aquion, todo él se prosternó en tierra, y exclamó llorando: «Señor Dios del cielo y de la tierra, ved su orgullo y ved tambien nuestro abatimiento; echad una mirada compasiva sobre vuestro santuario, haced ver que nunca abandonais á los que os aman, y que humillais á los que presumen de sí mismos, y se glorifican de sus propias fuerzas. Habiendo así llorado y rogado todo el dia, consolaron á Aquion diciéndole: «El Dios de nuestros padres, cuyo poder habeis aclamado, os dará por recompensa el que presenciéis la ruina de los que quieren haceros perecer. Y cuando haya puesto en libertad á sus siervos, sea tambien vuestro Dios en medio de nosotros, para que, segun mejor os plazca, vivais con nosotros y tambien todos los que os pertenecen.» Terminada la asamblea, Ozias le recibió en su casa y le sirvió un festin, al que fueron invitados todos los ancianos de la ciudad. Despues se reunió nuevamente el pueblo, y pasó la noche en

oracion, rogando al Dios de Israel que viniera en su ayuda (1).

Al dia siguiente, Holofernes dió órdenes para que sus ejércitos marcharan contra Betulia, es decir, no sólo las tropas que él habia traído de Nínive, sino todas las que habia sacado de las provincias conquistadas. A la vista de esta multitud, los hijos de Israel se prosternaron en tierra y redoblaron sus oraciones al Señor, al propio tiempo que hacian sus guardias noche y dia. Para reducirlos á la obediencia mandó Holofernes cortar un acueducto que les suministraba las aguas; y despues, siguiendo los consejos de los idumeos, amonitas y Moabitas, mandó fuertes destamentos para que ocupasen todas las fuentes de las cercanías.

Cortado el acueducto, llegó á faltar el agua en Betulia, hasta el punto de verse precisados á dar con medida la que tenian. Peor suerte tuvieron cuando todas las fuentes fueron ocupadas por el enemigo. A los veinte dias de haber tomado esta determinacion, y á los treinta y cuatro de sitio, no quedaba ya en toda la ciudad con que dar de beber ni un so'o dia á sus habitantes.

Entonces, hombres, mujeres y niños fueron en tropel á buscar á Ozias, y le dijeron á una voz: «Sea Dios el juez entre tí y nosotros; tú has sido el que nos has ocasionado estos males por no haber querido hacer la paz con los asirios, y por esto Dios nos ha entregado en sus manos. Por esta causa nos vemos sin socorros y la sed nos hace perecer á los ojos de aquellos. Ahora, pues, reúne á todos los que están dentro de la ciudad para entregarnos voluntariamente á Holofernes, pues vale más que siendo cautivos tengamos agua que beber y bendigamos al Señor, que morir siendo el oprobio de todos los hombres, y ver á nuestras mujeres é hijos que así perezcan á nuestra presencia. Hoy, pues, os conjuramos ante el cielo y la tierra y ante el Dios de nuestros padres, que se venguen de nosotros segun la enormidad de nuestros pecados, entreguen la ciudad en manos de Holofernes, dándonos una pronta muerte con su espada antes que llevar una vida tan prolongada en tormentos de sed.»

(1) Judith, 6.